

Cuenca, 13 de Febr. de 1928

Señor Don
Roberto Andrade.
Guayaquil.

Muy distinguido amigo:

Retrasada ha llegado su grata del 30 de Agosto, porque tengo la suerte de que mi correspondencia quede siempre traspapelada en las oficinas de correos. Pero he tenido, aunque tarde, el placer de recibir noticias de Ud.; y correspondiendo sus recuerdos, enviándole un estrecho y cordial abrazo.

Con el interés que Ud. me inspira, he seguido viendo las noticias relativas a su enfermedad, ya en los diarios, ya en las cartas de mi hija Leticia; y he sentido vivo contento, al saber que está fuera de todo peligro. Son tan pocos los rezagados de la generación de luchadores por la libertad y la democracia, que el desaparecimiento de cada uno de ellos, es como la ruptura de un eslabón de la cadena que nos une a un pasado de patriotismo y virtudes cívicas, ya casi desvanecido en estos días de universal acanalla

miento y miseria de espíritu. Por esto senti en el alma la muerte de Daniel, uno de los muy escasos caracteres, que no se doblegaron jamás; una de las pocas conciencias, q^e conservó incólume la tradición de los generosos y heroicos combatientes por el triunfo de los ideales de la democracia y la perfección humana. El fallecimiento de W. habría sido una desgracia ecuatoriana, habría colocado una señal de luto en la bandera roja del radicalismo.

Muchas veces quise escribirle, escribir si quiera a Gastón; pero la prudencia me detenia, porque, hallándome en calidad de excomulgado vitando, mis cartas comprometen. Y para no comprometer a mis amigos, he cortado toda correspondencia con ellos; me he reducido a vivir como en el Limbo, a fin de que los explotadores del liberalismo ecuatoriano, no hallen pretexto para vengar y ultrajar a los fundadores del gran Partido. Aquí vivo vigilado como si fuera un criminal muy peligroso: se espían mis pasos, se cuentan mis palabras, y se procura aun adivinar mi pensamiento. Vivo en la gloria, amigos míos; y esperando, día tras día, una orden de ir a Loja, que el Dictador tiene por la Libertad de nuestra República, a donde amenaza mandar a sus pretendidos adversarios.

Mucho ha conseguido el liberalismo en nuestro país; pero todavía existe una inmensa multitud fanática o mogigata que nos mira con horror; que no se digna leernos, ni para lanzarnos una reputación racional; que nos condena a ciegas, in odium auctoris, como en los tiempos medievales. Basta, por ejemplo, que el nombre de Roberto Andrade esté en la cubierta del mejor libro, para que el fanatismo y la hipocresía lo desechen y lo quemen, para honra de Dios y bien de las almas. Dígame esto a propósito de su hermoso librito, cuya venta encomendé mi yerno Francisco Crespo, a su hermano Don Nicolás. Como éste se retirara del comercio en esos mismos días, colocué todos los ejemplares que había recibido, en la librería del Señor Ulloa, con especial recomendación; pero parece que corrió la voz de que el librito era contrario a la fe, y allí se quedó Don Nicolás Crespo Ordóñez, a quien envíe la carta de Vt., me ha mandado a referir esto, y preguntarme si debe mandarle a Guayaquil los ejemplares indicados. Vt. me dirá lo que debe hacerse.

Queda'le lleque esta carta, y que no se olvide de sus amigos, que lo estiman de corazón.

Se despide.

J. Peralla